

Das Kapital y la sociedad disciplinaria:

Una lectura posmoderna de las relaciones de poder en la obra de Marx

Por Nicolás Dvoskin ¹

Introducción

A propósito del 150º aniversario de la publicación del primer tomo de *El Capital*, texto fundamental en la historia del pensamiento económico, en el presente trabajo pretendemos explorar la posibilidad de introducir las categorías analíticas de Michel Foucault, especialmente aquellas presentadas en la *Historia de la sexualidad* y en la *Microfísica del poder*, y los análisis de la sociedad contemporánea que han realizado, en paralelo y con diversos puntos en común, Gilles Deleuze –en trabajos como *Posdata sobre las sociedades de control* o *El Anti-Edipo* (con Félix Guattari)– y el propio Michel Foucault –principalmente aquellos recopilados en *Defender la sociedad* y *Nacimiento de la biopolítica*–, como herramientas que permitan comprender las relaciones de poder en la obra de Marx y las posibilidades y limitaciones que surgen al intentar utilizar una teoría del siglo XIX para explicar el capitalismo del siglo XXI.

En este sentido, en este trabajo se pretenderá hacer una lectura foucaultiana / deleuziana de la teoría económica marxiana, partiendo de la premisa de que toda teoría económica constituye sus leyes a partir de la idealización de un modelo de sociedad. En este sentido, así como el instrumental teórico de Foucault nos será útil para analizar el discurso marxista, lo que Foucault y Deleuze han llamado “sociedad biopolítica” y “sociedad de control” respectivamente puede ser tomado como una nueva descripción social que opere como punto de partida para una crítica o actualización de la teoría de Marx.

En primer lugar, nos proponemos identificar el discurso marxista con la categorización social presente en lo que Foucault ha definido como sociedades disciplinarias, para lo cual partimos de la premisa de que las disciplinas operan como precondiciones del sistema capitalista (Foucault, 2003, pág. 170). En segundo lugar, incorporamos a estas consideraciones las categorías de análisis de Foucault y Deleuze sobre el capitalismo contemporáneo.

1. Docente UM. Licenciado en Economía y Dr. en Ciencias Sociales. Correo electrónico: ndvoskin@gmail.com

Marx, el discurso jurídico-político y la sociedad disciplinaria

En sus textos de los tempranos años setenta, como los distintos tomos de la *Historia de la sexualidad*, la *Microfísica del poder* o *Vigilar y castigar*, Michel Foucault se dedica a explicar el surgimiento del poder disciplinario como algo sustancialmente distinto al poder soberano. El poder disciplinario, surgido de las entrañas de la modernidad, es aquel que crea, produce, moldea conductas, corrige gestos y normaliza comportamientos, y lo hace desde una preocupación por el cuerpo humano como máquina, por cada cuerpo individual, inaugurando la era de la anátomo-política (Foucault, 2003, pág. 168).

Hacia 1976 Foucault estará a cargo de un curso en el Collège de France titulado *Defender la sociedad*, en la que expondrá las implicancias del poder soberano, y de su correspondiente sociedad de soberanía, en la construcción de un discurso legitimador de sí mismo: el discurso jurídico-político, para luego dar pie al surgimiento del poder disciplinario y de sus complementariedades y contradicciones con el poder de soberanía. Según el discurso jurídico-político, “la constitución del poder político se hace, entonces, según el modelo de una operación jurídica que sería del orden del intercambio contractual” (Foucault; 2000, pág. 26). La fuente del poder, según este discurso, será el “privilegio de la ley” (Foucault; 2003, pág. 124), en tanto el poder es entendido como la facultad de establecer reglas que limiten –y castiguen en caso de incumplimiento– el accionar del otro. De allí surge el pensar al poder desde el discurso jurídico-político como poder de hacer morir o dejar vivir.

¿En qué medida es el marxismo deudor del discurso jurídico-político? Es decir, ¿en qué medida el marxismo entiende al poder como algo que se posee y se permuta, y, por ende, como algo inmanente a la propiedad de las cosas?² Pues bien, ciertamente el marxismo no es deudor del discurso jurídico-político en términos de su concepción de la soberanía política, en la medida en que las relaciones de propiedad y de derecho –y, por ende, la propia noción de soberanía política– no son autónomas sino que deben entenderse como emergentes jurídicos condicionados por la estructura material de la sociedad. Sin embargo, el marxismo sí es deudor del discurso jurídico-político en tanto construye una concepción vertical del poder.

El propio Foucault afirma que en el marxismo “tenemos algo [...] que podríamos llamar funcionalidad económica del poder [...] en la medida en que el papel del poder consistiría, en esencia, en mantener relaciones de producción y, a la vez, prorrogar una dominación de clase que el desarrollo y las modalidades características de la apropiación de las fuerzas productivas hicieron posible” (Foucault; 2000, pág. 27). En este sentido, tanto el marxismo como el pensamiento liberal compartirían el mote de economicismos. En este caso, la apropiación del valor vuelve a poner en juego al poder como mecanismo vertical posesivo.

2. En otros trabajos hemos desarrollado la identificación entre el discurso jurídico-político y las concepciones del poder tanto en la economía política clásica como en el marginalismo. Ver Dvoskin (2017).

Ahora bien, también podríamos preguntarnos si algún elemento del marxismo sería susceptible de ser catalogado dentro del discurso histórico-político, el cual Foucault en sus clases de 1976 sitúa como característico de la primera modernidad. No se trata únicamente de mostrar vestigios de romanticismo en Marx —que sólo se hacen evidentes en las contadísimas ocasiones en que elabora atisbos de una sociedad postcapitalista—, sino ante todo de pensar en qué medida el marxismo puede asociarse a la lógica discursiva vencedores —vencidos. En este sentido, a diferencia del discurso jurídico-político, el histórico-político incorpora en su seno una lógica del conflicto, de la divergencia y además —como su nombre lo indica— desarrolla la dinámica política en perspectiva histórica.

Ciertamente el marxismo comparte estas categorías, mas la diferencia principal es que en el marxismo la divergencia no es universal y particularizada sino más bien particular y universalizada. Con esto queremos afirmar que así como en el discurso histórico-político, que construye la noción de Estado desde la categoría de nación, la divergencia entre pueblos es irremediable e inmemorial (universal) y se expresa en cada lugar como un conflicto particular, que tiende a establecer un mapa dividido (particularizada), en el marxismo la divergencia es histórica, y responde a cada momento del tiempo en función de sus determinantes estructurales (particular), y la tendencia es a la homogeneización sistémica, llevando a la cristalización de un único conflicto (universalizada).

Ahora bien, ¿qué tipo de sociedad —y, principalmente, de relaciones saber-poder— es el que se presupone en la obra de Marx? Aquí nos adentramos en el postulado más fuerte de este trabajo, según el cual las leyes económicas con las cuales Marx explica el funcionamiento del sistema capitalista han de ser pensadas insertas en una sociedad disciplinaria.

El capitalismo, según Foucault, “no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción” (Foucault, 2003, pág. 170). De esta manera, el capitalismo puede pensarse como “la entrada de la vida en la historia” (Foucault, 2003, pág. 171). La pregunta, entonces, es la siguiente: ¿puede pensarse que la caracterización del proceso de producción capitalista presente en *El Capital* presuponga esta docilidad del cuerpo y este anátomo-poder? Ciertamente, muchos aspectos de la obra de Marx harían parecer que sí. Con esto no queremos afirmar que la disciplina foucaultiana haya sido retomada implícitamente de la teoría marxista, sino que en gran medida los supuestos sociales sobre los cuales Marx traza su teoría económica pueden asemejarse a lo que Foucault no dudó en describir como sociedad disciplinaria. Procedemos a ilustrar este procedimiento analítico con dos ejemplos bastante claros.

El primero puede referirse a la normalización: así como para Marx el capital en tanto proceso se dispone homogeneizar el mundo en una única dicotomía entre capital y trabajo (Marx y Engels, 2004, pág. 23), el poder disciplinario, según Foucault, se propone una erradicación de la anormalidad, una normalización de cada aspecto de la sociedad, en tanto “lo que le compete es [...] todo lo que no se ajusta a la regla, [...] las desviaciones” (Foucault, 2006, pág. 184). Podríamos pensar, tejiendo un puente un tanto rugoso entre los dos autores, que parte del proceso de normalización disciplinario consiste, en términos sociales, no sólo en la preparación de las condiciones del capitalismo sino en la paulatina erradicación de conductas vinculadas a tradiciones de producción diferentes a la lógica capital-trabajo. Este argumento se refuerza si seguimos la interpretación que hace de las disciplinas Deleuze, para quien en el texto de la *Historia de la sexualidad* “los dispositivos de poder no se contentan con ser normalizantes; ellos tienden a ser constituyentes” (Deleuze, 2009, pág. 181).

En segundo lugar, la caracterización del capital por Marx como una fuerza omnipresente, que se establece sobre el obrero aun bajo una pretendida igualdad (Marx, 2006, pág. 47), tiene fuertes rasgos disciplinarios. En la sociedad disciplinaria, según Foucault, opera una lógica de igualación desde la omnipresencia del poder. Más allá de que Marx hace hincapié en la igualdad como condición discursiva o ideológica del modo de producción y que Foucault reconoce aspectos reales —en términos de efectiva normalización social—, en ambos casos encontramos una relación entre igualdad y omnipresencia.

Ahora bien, ¿qué nos puede aportar Foucault acerca de la teoría de la distribución presente en *El Capital* de Marx? Muy estilizadamente, esta teoría sostiene que el salario se determina como el costo de reproducción social de la fuerza de trabajo (Marx; 2002, pág. 234), mientras que la ganancia surge como resultado de la extracción de valor producido socialmente por el trabajador, en tanto su costo de reproducción es menor al valor producido. Se trata de una lógica extractiva fundamentada en las relaciones de propiedad de los medios de producción y los productos del trabajo. En este sentido, la distribución en Marx estaría insertada parcialmente en las disciplinas (en tanto es consecuencia de un proceso de producción orientado por ellas) y parcialmente en el discurso jurídico-político (en tanto es la categoría de propiedad de los medios de producción la que establece los patrones de distribución del ingreso).

Marxismo en tiempos de biopolítica: producción y mercado en el capitalismo contemporáneo

Entramos ahora en el terreno de nuestro segundo objetivo, aquel en el que nos proponemos explorar las posibilidades de incorporar las categorías posmodernas de Foucault y Deleuze a las discusiones conceptuales centrales de la economía política marxista para la actualidad.

Siguiendo la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx, la economía política consiste en un proceso de cuatro momentos: producción, distribución, circulación y consumo (Marx, 1986, pág. 9). Estos momentos se unifican en un círculo conceptual, en el cual, sin embargo, la producción funciona como el primero de ellos. ¿Cómo entiende Foucault a la producción? Pues bien, aquí Deleuze puede ayudarnos.

En su libro *Foucault*, Deleuze expone que la producción —y también el mercado— es una institución construida por factores agentes de estratificación. Pero “las instituciones no son fuentes o esencias, no son esencia ni interioridad; son prácticas, mecanismos operatorios que no explican el poder, puesto que presuponen las relaciones y se contentan con fijarlas; su función es reproductora, no productora” (Deleuze, 2008, pág. 105). En este sentido, el momento de la producción expresa y estabiliza relaciones de poder. De este modo, preguntarnos por el momento de la producción en las sociedades contemporáneas implica necesariamente preguntarnos por las relaciones de poder que la producción tiende a fijar.

En los últimos años de la década del setenta Foucault empezará a desarrollar su tesis acerca del paulatino reemplazo, desde el siglo XIX pero con mayor énfasis desde la segunda mitad del siglo XX, de la anámo-política —es decir, de un poder que tiene como objeto predilecto al cuerpo individual— por la biopolítica.

Esta última constituye una adaptación del poder “a los fenómenos globales, los fenómenos de población, con los procesos biológicos y biosociológicos de las masas humanas” (Foucault; 2000, pág. 226). Entender la producción en este encuadre refuerza lo ya explicitado por Marx de que la producción debe entenderse en términos sociales, y no en términos de unidades individuales.

Para Marx el modo de producción, que pone en juego la relación entre relaciones sociales y fuerzas productivas, define la estructura social. En este sentido, “toda forma de producción engendra sus propias instituciones, su propia forma de gobierno, etc.” (Marx, 1986, pág. 8). Ciertamente, pensar, a la manera de la lectura de Deleuze sobre Foucault, que la producción es una institución que cristaliza relaciones de poder, implica no compartir esta afirmación marxiana. Sin embargo, Foucault y Deleuze tampoco abren la puerta a desechar toda pretensión materialista. Expresado de otro modo, la preocupación biopolítica puede pensarse como un cambio en el eje de lo material, donde deja de estar en el centro de la escena la relación social con la naturaleza —al igual que en el capitalismo para Marx— pero donde, en lugar de reemplazarse por un auto-centrismo de las propias relaciones sociales motorizado por la acumulación de capital, el centro es ocupado por la relación social con la vida.

De esta manera, el momento estrictamente económico de la producción, que, reiteramos, es necesariamente social, puede pensarse en clave biopolítica como una institución que cristaliza las relaciones de poder que se proponen configurar la supervivencia poblacional, en tanto, utilizando un lenguaje ordinario, para vivir hay que comer y para comer hay que producir. La diferencia con Marx radica, principalmente, en que lo que Marx observa como motorizado por el proceso de acumulación de capital, detrás del cual subyace una relación vertical de poder, en Foucault aparece en el orden de las estrategias globales-poblacionales. De esta manera, siguiendo lo que Foucault define como el discurso de la economía política, que “pone de manifiesto la existencia de fenómenos, procesos y regularidades que se producen necesariamente en función de mecanismos inteligibles” (Foucault, 2007, pág. 32) sobre los cuales las prácticas concretas pueden operar, pensar la producción biopolítica es preguntarse por la forma en que las relaciones de poder, múltiples e impersonales, configuran la distribución de las distintas producciones individuales.

En este sentido, si como economistas queremos explorar el campo de posibilidades que nos abre Foucault para repensar nuestra propia disciplina, será necesario que entendamos la producción de bienes en términos de las estrategias de distribución poblacional que se proponen reducir al mínimo las desviaciones. No se trata, como hace el marxismo, de sólo enmarcar a la producción en el proceso social de acumulación de capital sino de pensarla en términos del doble juego que presenta Foucault: por un lado, el disciplinamiento de los cuerpos a la hora de producir; por el otro, las estrategias globales poblacionales de normalización social.

Producir, entonces, es socialmente el momento donde se configuran las relaciones de poder que permiten asegurar la supervivencia poblacional. De este modo liberamos la restricción que aparecía en Marx —heredera de Ricardo— que consistía en entender el proceso de producción como el seguro de la supervivencia del obrero, donde todo el excedente era apropiado por el capitalista. Aquí estamos ampliando la escala social: la producción permite reproducir a la sociedad toda, y la distribución del excedente circulará por múltiples caminos, en línea con las múltiples relaciones de poder.

¿Qué lugar se le asigna al mercado? En *El Capital* el mercado ocupa un lugar central, es mirando al mercado que se ponen en marcha los engranajes de la producción capitalista. Sin embargo, no es allí, sino en el ámbito de la producción, donde se generan las ganancias que luego, habiendo atravesado el mercado, serán apropiadas por los dueños de los medios de producción. ¿El mercado ejerce sólo ese rol?, ¿o podemos pensar que las relaciones de poder presentes en el mercado pueden ser distintas a las de la producción y, por ende, pueden tener algo que decir acerca del ejercicio del poder?

Gilles Deleuze utiliza el término “sociedades de control” para definir a las sociedades contemporáneas, y lo hace principalmente pensando en las formas en que la mediatización y la construcción de sentido común configuran el comportamiento social. Su *Posdata sobre las sociedades de control* de Deleuze nos permitirá volver a pensar los condicionamientos del mercado —en particular, de la demanda— y a inculcarles un lugar más protagónico que aquel al que este es arrojado en la conceptualización teórica de Marx.

Quizás en busca de una reivindicación de Marx —o por lo menos apoyándose indudablemente en él—, Deleuze afirma que “el capitalismo del siglo XIX es de concentración, para la producción, y de propiedad” (Deleuze, 1991, pág. 3). Sin embargo, “en la situación actual, el capitalismo ya no se basa en la producción [...], ya no es un capitalismo para la producción, sino para el producto, es decir para la venta y para el mercado” (Deleuze, 1991, pág. 3).

Una lectura posible, que propondremos aquí, es que el capitalismo del siglo XIX, descrito por Marx, encuentra su razón de ser en el momento de la producción; es allí claramente donde se genera y se apropia el excedente, y por ende donde nace su acumulación. En la segunda mitad del siglo XX y en el siglo XXI, en cambio, el capitalismo no se centra en la producción sino en el mercado, poniendo a este último en el centro de su proceso de acumulación. En este sentido, podemos pensar, quizás en una aseveración un tanto arriesgada, que ahora también en el mercado se apropian excedentes, y entonces la lógica dicotómica burguesía —proletariado (generalizada en la sociedad pero que nace de la situación en la producción) debe dejar lugar a otro tipo de lógica, que nazca desde —o, preferentemente, también desde— la posición social en el mercado.

Oferta y demanda en las sociedades de control, desde la mirada de Deleuze, pueden ser explicadas desde las categorías de empresa y marketing. La primera, siguiendo a Deleuze, “no cesa de introducir una rivalidad inexplicable como sana emulación, excelente motivación que opone a los individuos entre ellos” (Deleuze, 1991, pág. 2). Consiste en la destrucción de las rigideces dicotómicas que se constituían en la fábrica. La oposición entre individuos como estrategia de control social aparece entonces como novedad.

En este sentido, el *Anti-Edipo* también parece ofrecernos una explicación. “Como Marx observa, en el inicio los capitalistas son necesariamente conscientes de la oposición entre capital y trabajo, y del uso de capital como medio para extraer plusvalor. Pero una palabra embrujada rápidamente aparece, en tanto el capital crecientemente juega el rol de una superficie grabadora que recae sobre toda la producción” (Deleuze y Guattari 2004, pág. 10). Esta palabra embrujada, esta superficie grabadora —que reproduce los mecanismos de acumulación—, constituyen, ya desde Marx, la pretensión de suprimir del imaginario la contradicción capital — trabajo. La contemporaneidad, entonces, refuerza esta tendencia al individualizar los roles y construir las oposiciones en términos individuales y no colectivos, o, en términos propiamente deleuzianos, al constituirnos en meras cifras.

Por el lado de la demanda, Deleuze afirma que “el marketing es ahora el instrumento de control social, y forma la raza impúdica de nuestros amos” (Deleuze, 1991, pág. 3). En tanto las estrategias empresarias toman al marketing como uno de sus pilares, necesariamente tenemos que entender al mercado como un espacio no sólo de realización de la plusvalía sino de real apropiación. Deleuze introduce aquí la categoría de *máquina deseante*, en tanto las estrategias de marketing constituyen a los individuos como tales, operando sobre los deseos y, por ende, construyendo una demanda de bienes y servicios acorde a sus propias pretensiones. De cualquier manera, este proceso no es eterno, sino que es principalmente característico de la contemporaneidad. Afirman Deleuze y Guattari que “ninguna máquina deseante puede establecerse sin demoler sectores sociales enteros [...] y ninguna sociedad puede tolerar una posición de deseo real sin que sus estructuras de explotación, servidumbre y jerarquía sean comprometidas” (Deleuze y Guattari, 2004, pág. 116). En este sentido, la construcción de máquinas deseantes revoluciona las estructuras de dominación, y conducen a “la instalación progresiva y dispersa de un nuevo régimen” (Deleuze, 1991, pág. 4). La operatoria del marketing sobre la demanda, entonces, configura un control social sobre el mercado que desestabiliza las demás estructuras y, necesariamente, toma un lugar central.

¿Qué es el mercado, entonces? Ciertamente, no es simplemente un espacio donde se realiza el plusvalor apropiado en el proceso de producción sino un ámbito real, no neutral, donde se ponen en juego relaciones de poder reales. Podemos considerar, entonces, que en el mercado contemporáneo priman, a la manera de Foucault, tácticas de poder como el marketing y las estrategias de empresa por sobre las estrategias de fábrica, que conjuntamente construyen, a la manera de Deleuze, máquinas deseantes y control social. El mercado, entonces, recupera su primacía, pero siempre teniendo en cuenta su rol activo, constitutivo y atravesado por relaciones de poder.

Reflexiones finales

En este breve ensayo hemos intentado explorar el campo que se nos abre cuando nos hacemos la pregunta por la posibilidad de incorporar las enseñanzas de la filosofía posmoderna al estudio de la economía política, tomando como caso a Marx. En particular, hemos intentado las conceptualizaciones del poder —y sobre todo del biopoder— de Foucault y Deleuze en una tradición que tiende a renegar de cualquier forma de pensar el poder que no se derive directamente de las connotaciones materiales. El diálogo entre el marxismo y el posmodernismo es arduo, complicado, pero entendemos que es factible, y que vale la pena hacer un esfuerzo por proponerlo. Foucault siempre se mostró reticente a ello; Deleuze estuvo más predispuesto.

Como mensaje final, nos proponemos arrojar hacia el futuro ciertas líneas de investigación que este trabajo pretende abrir, tanto para el autor del mismo como para quienes se sumen al desafío. Se trata, en primer lugar, de profundizar el carácter propositivo y reinterpretar en clave posmoderna otras categorías de la teoría económica marxista (como la transformación de valores a precios, la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, la composición orgánica del capital, entre otros). En segundo lugar, se trata de darle cabida a un concepto central en Foucault y Deleuze que en este trabajo no se ha expuesto: la resistencia. En tanto las resistencias constituyen “el otro término de las relaciones de poder” (Foucault, 2003, pág. 117), y en tanto el marxismo no pretende escindirse de pensar a la historia como la historia de la lucha de clases, no podemos darnos el lujo de ignorarlas.

Bibliografía

Deleuze, Gilles (1991), “Posdata sobre las sociedades de control” en Ferrer, Christian (comp.), *El lenguaje literario*, Tomo 2, Montevideo: Nordan

Deleuze, Gilles (2008 [1986]), *Foucault*, Buenos Aires: Paidós

Deleuze, Gilles (2009 [1994]), “Deseo y placer” en Foucault, Michel, *El yo minimalista y otras conservaciones*, Buenos Aires: La Marca Editora

Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (2004 [1972]), *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*, Londres: Althone Press

Dvoskin, Nicolás (2017), “Microphysics of economic power – a postmodern contribution to the traditional problems of political economy”, en *II International Philosophy, Politics and Economics Conference*, Witten: Universität Witten-Herdecke

Foucault, Michel (1999 [1983]), “¿Qué es la ilustración?” en Foucault, Michel, “Estética, ética y hermenéutica”, Volumen 3, Barcelona: Paidós

Foucault, Michel (2000 [1976]), *Defender la sociedad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Foucault, Michel (2003 [1976]), *Historia de la sexualidad 1 – La voluntad de saber*, Buenos Aires: Siglo XXI

Foucault, Michel (2006 [1975]), *Vigilar y castigar*, Buenos Aires: Siglo XXI

Foucault, Michel (2007 [1979]), *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Marx, Karl (1986 [1857]), *Contribución a la crítica de la economía política*, Buenos Aires: Siglo XXI

Marx, Karl (2002 [1867]), *El capital*, Libro Primero, Buenos Aires: Siglo XXI

Marx, Karl (2004 [1847]), *Miseria de la filosofía*, Buenos Aires: EDAF

Marx, Karl (2006 [1844]), “La Cuestión Judía” en Marx, Karl, *Escritos de juventud*, Buenos Aires: Antídoto

Marx, Karl y Engels Friedrich (2004 [1848]), *Manifiesto Comunista*, Buenos Aires: Andrómeda